

EL PINTOR

ISMAEL LÓPEZ MARTÍN

Ismael López Martín. Nacido en Cáceres en 1987, es doctor internacional en Estudios Filológicos y Lingüísticos por la Universidad de Extremadura y profesor de Lengua Castellana y Literatura del IES Profesor Hernández-Pacheco de Cáceres. Investigador del teatro español de los siglos XVII y XVIII, es también editor de textos fundamentales como *Don Juan Tenorio*, *El perro del hortelano*, *La dama boba* o *El sí de las niñas*.

En todos los países la noche viene acompañada de ambiguas formas e ilusiones ópticas que aterran a ciertas mentes... pero que un artista se enfrente a sus propios miedos como lo hizo Rogelio Reyes sobrepasaba cualquier límite.

No era un día cualquiera o, por mejor decir, se trataba de un día en el que ese pintor frustrado y solitario que lloraba cada noche ante la tenue luz de su palmatoria, ese a quien hemos dado en llamar Rogelio Reyes, iba al encuentro de sus familiares. Solo había cambiado algo desde su última visita: ahora pisaba las antiguas lápidas que conformaban el suelo del camposanto cuando el recinto no había hecho más que abrir. Estaba solo en el cementerio.

Si fue un ruido, un reflejo o, quizás, una llamada en el silencio de la mañana... no lo sabremos, porque no me lo dijeron; pero lo que sí sabemos hoy es que Rogelio se giró y, en el mismo rincón en el que quemaban los ataúdes que habían sido atacados por los

xilófonos —como le había contado su padre cuarenta años antes—, vio una escena que le atormentó durante los pocos días de vida que le restaban.

Cuando se acercaba a ese lugar, habiendo dejado sobre las gradas del mausoleo que se erigía ante la tumba de sus padres los tres claveles de color sangre que había podido hurtar de un vivero próximo, observó cómo la copa de un ciprés que se mecía por el frío viento matutino proyectaba su sombra sobre los rescoldos de llamas y astillas de viejos féretros. Rogelio, aun siendo más cobarde que persona de cierto arrojo, decidió adentrarse en la esquina, asomando el mosaico lívido de su rostro desfigurado por aquel tenebroso incendio en su taller; y ya no pudo jamás olvidar lo que vio: un pianista cuya sonata parecía languidecer en los últimos agudos, pero que no acaba. El pintor sentía más frío a cada tecla que el músico hundía entre las sombras, se percibía en un lugar tan estrecho que apenas podía agitar sus frágiles y huesudos brazos, advertía una presión que le obligaba a mantenerse impávido.

La melodía se acompañaba, ahora, por el sonido de un agudo violín que le recordaba el concertino de aquella muestra a la que fue con Víctor. Un lúgubre ritmo de timbal allanaba la base de tan extraña sinfonía. Rogelio aceleraba su ritmo cardíaco al tiempo que el timbal lo hacía, resonando con mayor estridencia ese violín que le provocaba un dolor en los dedos cuyo origen desconocía.

Y de pronto comenzó a sentir un calor asfixiante, a tener una sensación oscura de ahogo y a sudar como nunca antes lo había hecho. Se descubrió a sí mismo arañando el interior de una caja que contenía un humo pétreo y unas llamas insurgentes. Rogelio oyó una voz que decía «ya era hora», y cerró, despacio, sus párpados.

Todavía hoy intento recordar quién me contó esta inquietante historia.

Primer Premio del IV Certamen de Microrrelatos de Terror «IES Profesor Hernández-Pacheco» del año 2019 (categoría C)